

MUSICAL / 'Tarantos'

Lucha de clanes, lucha de clases

'Tarantos'

Autor y director: Emilio Hernández sobre el texto de Alfredo Mañas *Historia de los Tarantos*. / Música: Chicuelo, con la colaboración especial de Tomatito. / Coreografía: Javier Latorre. / Intérpretes: Carmelilla Montoya, Ana Salazar, Juan Carlos Lérica, Candi Román, Miguel Cañas, *Antoñete* y otros. / Escenario: Teatro Albéniz.
Calificación: ★★★

JAVIER VILLAN

MADRID.- *Romeo gitano* estuvo a punto de llamarse esta historia de navajas cuando la ideó Alfredo Mañas. Rovira Beleta la llevó al cine con Carmen Amaya, una turbadora Sara Lezana y Antonio Gades, bailando por el Somorrostro y Las Ramblas; Capuletos y Montescos, Zorongos y Tarantos: sangre en el filo de los cuchillos. Odios en los salones de Verona o en las chabolas de Barcelona: Zorongos y Tarantos; y los Picaos como heraldos de la muerte.

En el fondo sonoro y reiterativo de esta función, parece adivinarse el oleaje de un Mediterráneo manso y, a la vez, amenazante. Se dice en un momento del drama: «Al verla bailar, el mar la invitó a ser ola». No pudo ser ola la hermosa virgen Juana, hija de Zorongo; y un huracán de sangre acabó devastándola.

El lenguaje del dolor, del baile y del cante, es la verdadera expresión de este musical flamenco, el primero según ratifica Hernández en el programa de mano. Por encima del dato, hay que destacar la pa-

sión sombría, el lamento hondo y el desgarramiento gitanos: martinetes, bulerías, tangos, tanguillos... «Que yo cantar no quería, que nadie sabe la pena que me cuesta esta alegría», dice una vieja letra.

Ráfagas *atemporaladas* de genio, arabesco y violencia en Carmelilla Montoya, Ana Salazar, Juan Carlos Lérica, Candi Román, *Antoñete* y todos los demás. Hay en ellos dos niveles de lenguaje: el cotidiano verbal y el del baile y el del cante, también cotidiano. La conjunción de ambos —primitivismo del habla y esplendor sombrío del flamenco— alumbra una especie de realismo mágico fascinante.

A estas gentes nadie las puede haber enseñado a cantar o a bailar, porque lo llevan en las venas. Mas haber conseguido que algunos digan «buenos días» de manera razonablemente inteligible en un escenario, entra en el terreno de lo milagroso.

Sobre el odio de tribus, Emilio Hernández ha subrayado la lucha de clases: el patriarca Zorongo despreció a la *taranta* Soledad para casarse con la hija del amo y ascender a la opulencia. Otro eje de esta lucha es Juanillo, el bailar libre y genial, en tierra de nadie, ni *picao*, ni *zorongo* ni *taranto*; gitano por encima de clanes y por encima de señoritos payos. Emilio Hernández pone un especial énfasis en esta dialéctica de ricos y pobres; en el poder del macho sobre la libertad de la mujer.